

BIOPSIA DE LOS ROUGÓN-MACQUART

Por *Alfredo Huertas*

BOSQUEJO HISTORICO DE VEINTE NOVELAS DE ZOLA

Situada, aproximadamente, a una distancia media entre la falsedad del realismo y la mistificación del existencialismo, se encuentra la realidad y la existencia del naturalismo. Si quienes pretendían en los tiempos de su nacimiento que la nueva tendencia era una moda pronto percedera pudieran, hoy, levantar la cabeza, comprobarían que, a noventa y más años de distancia, la corriente naturalista, más o menos depurada, más o menos "puesta al día", pervive y tiene vigencia como en el momento en que Emilio Zola dio a la publicidad su cruda y sugestiva "Teresa Raquin".

¿Qué ha quedado, en cambio, del tan decantado realismo del gran Honorato y sus secuaces, a cuyas producciones la crítica de entonces les pronosticaba larga y halagüeña vitalidad? ¿Dónde se encuentran los lectores actuales de "La Comedia Humana" con sus atterradoramente abrumadores volúmenes, si se exceptúan de la colección —dicho sea en honor de la verdad— unas cuantas bellas novelas que pueden contarse con los dedos de la mano, y sobran dedos? ¿Son muchos los lectores desinteresados modernos de los novelistas continuadores de Balzac, desde el áspero Merimée hasta el amanerado Bourget, que se autotitulaba, con harta razón, el último realista?

Por otra parte, no vamos a negar que la tendencia existencialista de la literatura, separando de ella toda abstracción filosófica, tiene una cantidad de entusiastas bastante considerable. Sartre y sus discípulos han conseguido con su maestría en el difícil arte de la novelística retener el interés de una multitud de "clientes". Pero la cuestión es ésta: ¿lo retendrán por mucho tiempo? La última de las resonancias existencialistas en la novela francesa ha sido la cautivadora cuanto desagradable obra "Los mandarines" de Simone Beauvoir, que mereció el "Prix Goncourt", de 1955. Aquellos puritanos que, en la época del naturalismo naciente, se escandalizaban por la desnudez de los conceptos y llenaban sus cabellos de ceniza al criticar escenas como la de la riña en el lavadero, una de las más discutidas de "La Taberna", ¿qué dirían, si pudiesen establecer un parangón entre dicha escena y las páginas de la novela premiada por los académicos, donde la crudeza es auténtica náusea, el amor movimiento morboso y el placer sofisticación maloliente?

Entre esos dos polos de la literatura contemporánea, de la novela contemporánea más bien, que representan dos géneros, uno de ellos muerto ya y felizmente sepultado y otro en lamentable supervivencia y próximo a desaparecer, a su vez, los escritos naturalistas se siguen solicitando con verdadero interés por la gran masa de los lectores universales; las novelas y cuentos del género se reeditan en millones de ejemplares, se traducen a todos los idiomas posibles. Y a la cabeza de las novelas naturalistas de cualquier país, las francesas; y entre éstas las de su creador, Emilio Zola, y muy especialmente, las que constituyen la serie maravillosa de "Los Rougón-Macquart"...

La razón de esta vigencia es obvia, porque esta colección de veinte novelas, publicadas entre los años 1871 y 1893, son, no solamente como figura en el subtítulo, la "historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio", sino las de cualquier otra familia en no importa qué país y en los tiempos pasados y presentes. En cada uno de sus mil quinientos personajes accesorios, moviéndose como satélites alrededor de los treinta y tantos principales, miembros de la comunidad biografiada, podemos ver retratados fielmente a parientes, amigos o conocidos nuestros, nos vemos, acaso, a nosotros mismos... Este es el motivo esencial y determinante de la actualidad de esta serie famosa.

No pretendemos reseñar, siquiera brevemente, los argumentos de cada una de las novelas citadas, pues tal labor divulgadora ya la llevaron a feliz término plumas prestigiosas desde su aparición hasta la fecha. Lo que nosotros deseamos en estas líneas es realizar un estudio de cada uno de los grandes personajes de la colección, en la forma reducida que requiere la naturaleza de esta publicación, los caracteres de los tipos clave, de los miembros de la familia Rougón-Macquart, en forma aislada dentro de cada grupo para relacionarlos seguidamente entre sí.

Sin embargo, para llevar a efecto esta investigación, este examen de los organismos vivos, esta biopsia literaria de los personajes zolescos, necesitamos recordar ciertos antecedentes que el lector puede haber olvidado; el orden de lectura de las veinte obras, que corresponde, naturalmente, al de su publicación, con los actuantes de cada una, así como el cuadro geográfico, el escenario donde representan su respectivo drama estos trágicos fantoches humanos.

Algunos de los protagonistas lo son de una sola o de dos novelas y aparecen episódicamente en varias; otros son sólo coprotagonistas de una o de más.

Los grupos familiares son cuatro: a) Los Rougón; b) Los Macquart; c) Los Mouret; d) Los Lantier. Las generaciones que se suceden en el lapso del desarrollo de la serie son, también, cuatro. La obra general está encuadrada entre los años 1851 y 1872, o sea desde la incubación del vergonzoso golpe de estado que llevó al trono de Francia a Napoleón III hasta los años inmediatamente posteriores a la gran hecatombe de la guerra franco-prusiana del 70 y el levantamiento subsecuente de la "Comuna". Después, la familia, disuelta y empobrecida, tiende a extinguirse.

El orden de la serie es el siguiente:

- I.—*La fortuna de los Rougón* (La fortune des Rougon): Protagonistas: Adelaida Fouque, Pedro Rougón, Ursula Macquart, Antonio Macquart, Silverio Mouret.
- II.—*La ralea* (La curée): Aristides, Sidonia y Máximo Rougón.

- III.—*El vientre de París* (Le ventre de Paris): Lisa Macquart y Paulina Quenu.
- IV.—*La conquista de Plassáns* (La conquete Plassans): Marta Rougón, Francisco Mouret, Antonio Macquart.
- V.—*El pecado del abate Mouret* (La faute de l'abbé Mouret); Sergio y Deseada Mouret, Pascual Rougón.
- VI.—*Su Excelencia Eugenio Rougón* (Son Excellence Eugène Rougon): Eugenio Rougón.
- VII.—*La taberna* (L'assommoir): Gervasia Macquart, Esteban Lantier, Ana Coupeau.
- VIII.—*Una página de amor* (Une page d'amour): Elena Mouret, Juana Grandjean.
- IX.—*Naná* (Nana): Ana Coupeau, Luis Coupeau.
- X.—*Misericordias humanas* (Pot-Bouille): Octavio Mouret.
- XI.—*A la dicha de las damas* (Au bonheur des dames): El mismo.
- XII.—*La alegría de vivir* (La joie de vivre): Paulina Quenu.
- XIII.—*Germinal* (Germinal): Esteban Lantier.
- XIV.—*La obra* (L'oeuvre): Claudio y Luis Lantier.
- XV.—*La tierra* (La terre): Juan Macquart.
- XVI.—*El ensueño* (Le reve): Angélica Rougón.
- XVII.—*La bestia humana* (La bete humaine): Santiago Lantier.
- XVIII.—*El dinero* (L'argent): Aristides y Victor Rougón.
- XIX.—*El desastre* (La débacle): Juan Macquart.
- XX.—*El doctor Pascual* (Le docteur Pascal): Pascual, Clotilde, Máximo y Carlos Rougón, Adelaida Fouque, Antonio Macquart.

Los escenarios son muy diversos: París, un puerto bretón, una aldea del llano de la Beauce, una comunidad minera del Norte, el poblado próximo a Sedán...; pero, sobre todo, Plassáns, cuna de la familia.

Plassáns. Cuando, por azares de la existencia, nos vimos obligados a residir por dos años en Marsella, tuvimos ocasiones múltiples de visitar la vieja ciudad de Aix-en-Provence, inmediata a la urbe mediterránea. Más de una vez intentamos identificar en las pétreas construcciones del barrio primitivo o en los caserones del barrio aristocrático las viviendas de los Rougón, de los Mouret, de Antonio Macquart, del comandante Sicardot, del matrimonio Saccard... ¿Habría relación entre los pueblos de Septèmes y de Las Tullettes, entre el Viorme y el Durance, entre Valqueyras y Peyrolles? Era ésta, si no la ciudad natal, porque Zola era parisiense, aquélla en que habían transcurrido los mejores años de su juventud, llenos de sueños y de prematuras congojas. El parque próximo a la carretera que conduce al encantador pueblecillo de Meyrargues ¿no habría servido para inspirar al escritor aquel fantástico Paradou, especie de Edén terrenal contemporáneo? ¿Sería esta villa apartada del extrarradio, inmediata a la calzada marsellesa, la que encerrara los pensamientos y las experiencias del doctor Pascual? Tal vez en aquel descampado de lomas suaves fue donde naufragó la virtud de la rubia Gervasia, y las finas arenas de las riberas del Durance se tiñeron con la sangre de la infeliz Miette y recogieron jirones tremantes de la masa encefálica del joven Silverio... Por aquella poterna escondida entre las veredas que comunicaban las fincas de los aledaños, surgió un día el rostro lívido del contrabandista Macquart, herido ya de muerte, para expirar en brazos de

la enloquecida Adelaida, su amante... ¡Ah! ¡Cómo asociaba nuestra imaginación hechos y lugares reales con las ficciones del gran escritor naturalista!

Supimos más tarde, al estudiar a los biógrafos de Zola, que, en efecto, Aix y Plassáns eran una sola ciudad y que muchos de los lugares que habíamos asociado eran los correctos, los que en realidad había descrito el novelista. ¿Qué demuestra esto, sino que las descripciones eran tan magistrales que fácilmente podían descubrirse por el curioso investigador?

Pero, aunque no sobran las descripciones anteriores, porque la geografía, el paisaje, el espacio, forma o, en muchos casos, deforma y reforma los caracteres de los hombres, nuestro objeto actual no es el de descubrir lugares ni ambientes, sino hechos y personajes, sobre todo personajes. Entremos, pues, en el estudio de los grupos familiares, la rama legítima y la bastarda del árbol genealógico, la rama mixta y la afín, con el orden indispensable.

LOS ROUGON, LA RAMA LEGITIMA.

Los Rougón constituyen el grupo familiar legítimo y los Macquart el bastardo. La fuente, el tronco originario es la campesina de Plassáns, Adelaida Fouque, llamada más tarde "tía Dida". En la primera novela de la colección se presenta a ésta como madre y abuela de sucesivas generaciones. Nacida en la villa provenzal de Plassáns, en 1763, hace la vida normal de una hija de familia agricultora acomodada, de facciones finas y, al parecer, sin ninguna lesión cerebral que permita suponer su porvenir desdichado. Se casa en 1786 con el jardinero Rougón, de carácter plácido y movimientos despaciosos. A partir de esta fecha cada año supone para ella un acontecimiento. En 1787 tiene un hijo, a quien se le da el nombre de Pedro; en 1788 enviuda, al morir de insolación el jefe de la familia; en 1789 toma un amante, el contrabandista Macquart, al que da todo el amor que nunca le inspirara su esposo; en 1790 nace su hijo Antonio y en el año siguiente, una hija, Ursula. A partir de entonces vive con sus tres vástagos, a los que educa como buenamente puede, casi siempre sola, pues su amante, fugitivo de la justicia, hombre violento y desequilibrado, bebedor empedernido, que la hace sufrir cruelmente en sus frecuentes apariciones de dos o tres días, en que busca el refugio del hogar, hasta que en cierta ocasión, y a la vista de Adelaida, un gendarme que lo persigue logra abatirlo de un tiro en la cabeza. Este suceso comienza a turbar la razón de la tía Dida, quien ya no vuelve a ser nunca la ponderada, aunque pasional, campesina del "Midi". Los hijos van creciendo; los dos varones, que han heredado los temperamentos de sus respectivos progenitores, se odian y se combaten con salvaje violencia, en tanto que su hermana lleva una vida de soledad y de indiferencia con respecto a sus familiares. Más tarde, la lucha se agudiza: la manzana de la discordia es la herencia de Rougón que ambos hijos pretenden arrebatarse a la madre. La astucia y la ferocidad de ambos va consumiendo lentamente a la Fouque, como continúan llamándola en la ciudad.

Pedro Rougón se casa con una burguesa, Felicidad o Felicitas Puech; poco después Ursula contrae matrimonio con un sombrerero llamado Mouret; algunos años más tarde, Antonio se une también en vínculo legal con una robusta vendedora del mercado. Al comenzar la acción de la primera obra, titulada "La fortuna de los Rougón", existen los siguientes nietos de Adelaida: Eugenio, Pascual, Aristides, Sidonia y Marta Rougón, hijos

de Pedro y Felicidad; Francisco, Elena y Silverio Mouret, hijos de Ursula y su esposo; Lisa, Gervasia y Juan Macquart, hijos de Antonio y de su mujer, Josefina Gavaudán.

Un accidente desgraciado, la muerte de su nieto predilecto, Silverio, termina con el último resto de razón que le queda a la ya anciana tía Dida, por lo que es internada en el manicomio de Las Tuilettes, pueblo inmediato a la ciudad de Plassáns, y allí, en la soledad de su celda, apenas visitada, muy de tarde en tarde por algunos de sus descendientes, permanece veintidós años, hasta que ya cumplidos ciento cinco de su vida, a la vista del cadáver de su tataranieta Carlos, que sucumbe víctima de una incontenible hemorragia, fallece, a su vez, en la propia celda.

Los cinco Rougón tienen poco parecido físico; en cambio, poseen un denominador común: la ambición, que en cada uno se manifiesta de manera diferente. Todos ellos, como su madre la dinámica Felicidad, negra y alígera cual una cigarra del Mediodía cantado por Mistral, son inteligentes y activos. Del padre heredan el carácter taimado y su astucia hipócrita, envuelta en una capa de hombría de bien que engaña a la mayoría de quienes los tratan. Pedro ha vivido durante los años del matrimonio al dictado de los caprichos y de las órdenes de su mujer, que es el verdadero cerebro de la familia. Su oficio primero fue el de comerciante y corredor de aceites en todo el departamento de las Bocas del Ródano, especialmente en Marsella y en Plassáns. La conjura del golpe de estado en el que interviene activamente la pareja, les proporciona a ambos un bienestar burgués, el nombramiento de recaudador general de contribuciones en la subprefectura, que era un puesto muy codiciado, así como la consideración de sus convecinos. El salón de los Rougón es uno de los más renombrados en la comarca. En otra ocasión las intrigas de estos personajes "salvan" de nuevo a la Patria al contribuir a la consolidación del régimen imperialista; el relato de este segundo acto de afirmación bonapartista se halla en "La conquista de Plassáns". Pedro fallece, a consecuencia de una congestión cerebral, al día siguiente del desastre de Sedán.

El mayor de los hijos es Eugenio. Se asemeja al padre en su aspecto físico; a la madre, en la inteligencia y en la desmedida afición al dominio y al poder. No es vicioso ni pierde jamás el control de sus nervios, aunque tiene pequeñas debilidades que, en contadas ocasiones, le juegan malas pasadas. Esta ambición que se ha despertado en él desde niño le ha hecho estudiar con asiduidad para licenciarse como abogado, en una primera etapa de su carrera política. Comprende que el mejor campo para el desarrollo de sus designios de advenedizo audaz es París, y por ello no regresa jamás a su tierra natal. En la capital instala un modesto bufete que le permitirá ir subsistiendo hasta que llegue la hora soñada. A partir de este momento su vida puede seguirse en la novela titulada "Su Excelencia Eugenio Rougón", entre los bastidores del teatro político de la Francia de aquellos años turbulentos de la caída de los Borbones; de la insulsa monarquía de julio con el reinado del bien cortado, pero mal cosido régimen de Luis Felipe de Orleáns; de la segunda república, la del 48, y los preliminares del golpe del Dos de Diciembre que llenó de luto tantos hogares y del que Víctor Hugo se ha ocupado con todo detalle en su memorable "Historia de un crimen". Eugenio no tiene ideología alguna ni le mueve otro ideal que el que tenga más posibilidades de triunfar. Hay cuatro sectores de opinión muy importantes en las postrimerías de 1850: los borbónicos que pugnan por llevar al trono al heredero

de Carlos X, a quienes siguen los aristócratas, los derechistas, los fanáticos y los clericales, pero que carecen de todo respaldo popular; los orleanistas, donde se encuadran los demócratas no republicanos, la parte sana del clero y la alta burguesía que no quiere retroceder a la época de las locuras de Versalles que engendraron la Gran Revolución; los republicanos, cuyas masas están nutridas por los empleados, los intelectuales y el pueblo trabajador de París y de los departamentos; por último, los bonapartistas a quienes sirven los pequeños burgueses, los viejos rentistas, los comerciantes y los banqueros, los acaparadores enriquecidos y los maleantes y aventureros de toda laya. Eugenio comprende que los más malvados son quienes tienen más probabilidades de triunfo, y se alista en sus filas.

El príncipe Luis Napoleón, presidente y más tarde emperador, conoce y estima al neófita y lo designa para diversos y complicados trabajos en los que Eugenio logra poner de manifiesto sus grandes dotes de intrigante. Cuando triunfa el golpe de estado y muere la República, desgarrada por los salteadores del régimen legítimo, Rougón pasa de consejero a ministro de Estado. Su influencia es decisiva en la corte del pequeño Bonaparte por lo que él, asimismo, tiene su nutrido séquito de partidarios, aduladores y satélites. Para hacer buena figura en sociedad, se casa con la rica y poco interesante heredera Verónica Beulin de Orcheres, con la que no tiene hijos. Su sequedad de corazón ha secado en Eugenio, tal vez, las fuentes de la vida. Es un frecuente desquite de la Naturaleza o un castigo divino...

Sin embargo, a su manera, Eugenio es honesto y cumple con su deber rodeado de cierta aureola de estimable austeridad. Su ambición, que es de poder y no de dinero, ya está satisfecha, y ello le permite gobernar con cierta liberalidad, aunque dentro de los casi dogmáticos principios del absolutismo bonapartista. Se le ha identificado por los expertos de la época, cronistas del Segundo Imperio, con el despótico Morny o con el insolente Rouher, ambos de triste memoria en los anales del 50 al 70. Posiblemente Zola creó el tipo con características de los dos estadistas predilectos del emperador, empeñados en borrar con oropeles y brillo de charreteras el enlodado pantano sobre el cual se había estabilizado el régimen. Refiere el doctor Pascual que Eugenio sobrevivió al desastre y que continuó trabajando modestamente como diputado de la Tercera República.

El segundo de los cinco hermanos, Pascual, es el más sano de todos, especialmente en el aspecto moral. Parece que no ha heredado ninguno de los rasgos de sus padres, hasta el punto de que en varias ocasiones Felicidad le reprocha su poco deseo de asemejarse a su familia. Es, igualmente, ambicioso; pero su ambición es santa, pues es la ambición del saber, de la ciencia, de la investigación. Aislado de los suyos en su pueblo, aislado en París durante sus estudios, se doctora en Medicina, y regresa a Plassáns para seguir aislado la mayor parte de su vida. Es una especie de médico de los pobres, a quienes asiste sin cobrarles un céntimo; pero su mayor interés estriba en los escritos y tesis sobre la familia, sobre la herencia y la influencia del medio ambiente. A pesar de su misantropía podemos verle actuar, en diversos volúmenes de la colección, con un sentido de honda humanidad altamente conmovedora. Es él quien recoge el cuerpo mutilado del pequeño Silverio Mouret, su sobrino, para darle cristiana sepultura; es él quien acude en auxilio del abate Sergio, agonizante, y lo salva internándolo en el encantador jardín de Paradou; él es quien lleva a su lado a la sobrina Clotilde,

hija de Aristides, abandonada por éste y es él, también, quien cuida de que nada falte a la anciana abuela recluida en la celda solitaria de Las Tulettes. “El doctor Pascual” es la última de las veinte novelas de la serie y resumen de todas ellas. El médico investigador ha tomado como “spécimen” de sus estudios a su propia familia; cada uno de sus parientes, padres, hermanos, primos, etc., tienen su expediente en la colección de Pascual, donde se contemplan los respectivos “casos” en relación con la tara original. El árbol genealógico que ha trazado, de los suyos, tiene ya más de treinta hojas. Al repasar la síntesis de sus observaciones, el doctor exclama: “¡Qué increíble masa en movimiento, cuántas aventuras dulces o terribles, cuántos goces, cuántos sufrimientos lanzados a formar parte de esta gran mezcla colosal de sucesos...!”

Pascual que ha llevado una serena vida de solterón empedernido, cerca ya de los sesenta años siente crecer el amor a su lado en la juventud fragante de su sobrina Clotilde, quien trabajando con él ha llegado a comprender y a querer a aquel buen sabio abnegado y valeroso. En una especie de simulacro de los bíblicos amores del viejo rey David y la joven Abigail, se unen frenéticamente apasionados tío y sobrina, sin importarles nada las conveniencias, las murmuraciones o las críticas de los imbéciles. De este matrimonio libérrimo va a nacer un hijo, al que el anciano doctor no llegará a conocer, pues fallece casi repentinamente, de un ataque al corazón, a los pocos meses de vida común.

Aristides Rougón, tercero de los hijos de Pedro y Felicidad, es lo que los modernos revisteros de ocurrencias denominarían “un caso”... Se nos presenta como el más ambicioso de todos los hermanos, el más inescrupuloso; el que tiene como norma única hacer dinero, montañas de dinero, sea como sea, sin reparar en los medios empleados para ello.

Aparece en varios tomos, pero es el protagonista de dos: “La ralea” —que más propiamente debiera haberse troducido como “La rebatiña”, puesto que simbólicamente representa los pedazos de carne sangrienta y palpitante que se arrojan a los perros después de la cacería y que éstos se disputan a dentelladas— y “El dinero”. La primera es una de las más desagradables, pues en ella se pintan las más atroces canalladas, los más repugnantes tipos del llamado “gran mundo”, los más turbios amores entre una Fedra de nuestros días y un Hipólito complaciente. Distinto de sus hermanos que, hasta cierto punto, han seguido una trayectoria metódica para obtener el éxito, Aristides es un individuo de irregularidad sorprendente. Fracasado en sus estudios del Liceo, se dedica al periodismo político, de combate, para el que tiene verdaderas aptitudes. Carece de toda ideología, como Eugenio, pero, al contrario de éste, fracasa en la elección de la “vía acertada”; como no tiene la intuición del primogénito, al triunfar el golpe de estado, se ve obligado a desaparecer de Plassáns, para no perturbar como “oveja negra” el gran festín familiar. Con su dulce esposa, Angela Sicardot, hija de un comandante retirado, mujer enfermiza y apacible, marcha a París, el gran campo de batalla donde ha de lavar sus pasados errores con una constante dedicación a la nueva política, ayudado por su hermano, persona ya bienquista y casi todopoderosa en las Tullerías. Por indicación de Eugenio cambia su verdadero apellido por el de Saccard, con el cual se le conoce en lo sucesivo. Cubre una plaza modesta en el Ayuntamiento parisiense, donde puede aprender mucho en lo que se refiere a la especulación sobre inmuebles cuando llegue el

gran momento del escandaloso asunto de las expropiaciones para construir los nuevos "bulevares". Tiene tres hijos: dos de ellos, Carlos y Clotilde, con su esposa, y otro, llamado Víctor, con una obrera epiléptica, en un encuentro ocasional.

Fallecida su esposa, contrae nuevo matrimonio con una rica heredera, Renata du Chatel, quien ha tenido un desliz con un individuo casado, y cuya falta tratan de ocultar al austero padre de la joven, un hidalgo a la antigua usanza. El dinero de la dote proporciona a Saccard el primer capital necesario para sumergirse en el caos de especulaciones sobre terrenos con el que sorprende a París obteniendo ganancias fabulosas que le permiten vivir en un ambiente milyunanochesco, para hundirse ruidosamente después de una temporada de fausto sin paralelo. Su esposa se lanza a un amor incestuoso con su hijastro Carlos, ante la mirada indiferente o irónica del propio ofendido, a quien esta irregularidad sirve para explotar sus intereses. Tras el eclipse, Saccard se oscurece y nada sabemos de él, sino que Renata fallece sin dejar descendencia.

Después de unos años de reconsideración y quietud obligada, vemos reaparecer a Aristides especulando de nuevo, pero esta vez sobre títulos en la Bolsa de París, Asistido ahora únicamente por la encantadora Carolina que lo ama y lo protege, vuelve a triunfar y a sorprender a la gran ciudad luminosa con sus fastuosos y equívocos negocios... que acaban por conducirlo a la cárcel, sin que su hermano haga nada para evitarlo. Los apuntes del doctor Pascual nos hacen saber que, cumplida la condena, Saccard continuó en París como periodista.

Sidonia es una figura desconcertante, desde la infancia. Su ambición es la intriga, la tercería, la popularidad a costa de lo que sea. Casada con un procurador de Plassáns, quien muy pronto la deja viuda, sin hijos, marcha a la capital para vivir junto a sus hermanos, enredada en negocios sucios y en fantásticos expedientes que muestran un incipiente desequilibrio. Dueña de un burdel clandestino, protege los incestuosos amores de su cuñada y su sobrino para denunciarlos más tarde. En una noche de orgía se une con un desconocido, y de este encuentro casual nace una niña, Angélica, a la que abandona en la Casa Cuna. Su hipocresía perfecta le permite vivir, al final, en un ambiente de respetabilidad y de religión como tesorera de la Obra del Sacramento.

En cuanto a Marta, la menor de los Rougón, sólo ambiciona la comodidad, la vida plácida y muelle en el somnoliento disfrute de sus rentas. Muy joven, se casa con su primo Francisco Mouret, del que tiene tres hijos. Muere a consecuencia de una crisis nerviosa después de haber arruinado su hogar, de haber deshecho su familia y enloquecido a su esposo. Con mayor amplitud trataremos este caso, al estudiar el grupo Mouret.

Los Rougón de las generaciones posteriores, menos interesantes en el conjunto, son: Máximo Saccard, el hijo de Aristides, al que ya conocemos envuelto en amores nefandos con su madrastra. No hace nada útil; es un parásito lamentable, quien engendra un hijo con una criada de la casa paterna. Enfermo desde joven, cuidado con abnegación por su hermana Clotilde, muere a causa de una ataxia de lento desarrollo.

El hijo de Máximo, llamado Carlos, enviado a Las Tuilettes con su tatarabuela, fallece en presencia de la misma, de una incontenible hemorragia. En cuanto al otro hijo de Saccard, el bastardo Víctor, desde la infancia

de miseria y abandono, posee las características propias del criminal nato. Aparece, de vez en cuando, para extorsionar a su padre y, al fin, asesina a una muchacha y desaparece. . .

Clotilde, como anteriormente se ha referido, se retira a Plassáns, donde hace vida marital con el doctor Pascual, del que espera un hijo.

La última figura del grupo es Angélica Rougón, hija expósita, sin padre conocido, de la proxeneta Sidonia. Es la heroína de la novela "El ensueño", la más romántica del conjunto, donde Zola se mostró cumplidamente capaz de saber expresar los sentimientos más bellos y los ideales más sublimes. La figura de Angélica es casi celestial y por lo tanto irreal, hasta cierto punto. La doncella vive en una exaltación mística permanente, recogida por unos artesanos de una ciudad del Norte que se dedican al bordado de casullas y objetos del culto. Frente a la catedral, donde se halla el taller, la pequeña bordadora se impregna de las emanaciones medievales de los pétreos muros y concibe un amor desmedidamente platónico por el aristócrata Feliciano de Hauteceur, con quien llega a casarse por una serie de circunstancias favorables y fantásticas. Para mayor fantasía, la desposada fenece en su misma noche de bodas, antes de ocupar el tálamo; muerte blanca en boda blanca. . . Zola ha querido sorprender con el contraste más extraordinario, al hacer surgir una hija tan llena de pureza de una madre tan viciosa y malvada. . .

* * *

LOS MACQUART, LA RAMA BASTARDA.

Los Macquart, son, como ya queda apuntado, los descendientes de Adelaida Fouque y de su amante, el contrabandista. A la generación inicial pertenecen Antonio y Ursula. El varón es de constitución fuerte y sanguínea, como el padre, y desde la infancia se manifiesta rematadamente hipócrita, osado, de malas inclinaciones, indolente y vicioso. Carece de todo escrúpulo de conciencia y el ambiente en que se desenvuelve contribuye a relajar su moral. Su instinto aventurero le lleva a sentar plaza de soldado a los veinte años y en el cuartel adquiere la afición al alcohol que, muy pronto, se hace en él irrefrenable. Al abandonar el ejército, vuelve a Plassáns, donde emprende varios oficios, entre ellos el de canastero, que apenas le da para vivir. Explota a su hermano constantemente, lo mismo que a su madre, hasta que su exceso de "chantage" le lleva al fracaso total. Se casa con una vendedora del mercado, también bebedora, de cuyo trabajo vive durante los veintidós años que dura el matrimonio, roto por fallecimiento de la pobre mujer obligada a ser bestia de carga de la familia. Después del golpe de estado, sirve a los Rougón en distintas ocasiones para maniobras sucias, por lo que Pedro y Felicidad deciden pasarle una pensión, con la que se sostiene hasta su vejez en la casa de su madre, cerca del manicomio donde ésta se halla encerrada. Del enlace entre Antonio y la verdulera Josefina Gaudán nacen tres hijos: Lisa, Gervasia y Juan.

En las novelas tituladas "La fortuna de los Rougón" y "La conquista de Plassáns" aparece la actuación de Antonio con perfiles bien definidos; pero su terrible final no acaece hasta 1873 y queda referido con detalles espeluznantes en "El doctor Pascual". En él tiene una criminal intervención su cuñada Felicidad y se produce de una manera rarísima: por combustión espontánea, al caer la pipa encendida que fumaba sobre su cuerpo sobresa-

turado de alcohol, mientras duerme el último de sus pesadísimos sueños de beodo...

En cuanto a Ursula, su vida es más simple. Se parece a la tía Dida, aun cuando su debilidad no reside como en ésta en el cerebro, sino en los pulmones. Habita en el pueblo natal, con su madre, entregada normalmente a las labores del campo hasta los dieciocho años. A esta edad se une legalmente con el sombrerero Mouret, buen hombre, afectuoso y honrado, con el cual tiene tres hijos: Francisco, Elena y Silverio. Los esposos se han querido tanto que, cuando ella fallece, tísica, él muere también voluntariamente.

Los hijos Macquart siguen muy diversos caminos. Ni en lo moral ni en lo físico hay entre ellos semejanza alguna; por el contrario, cada uno de ellos se parece más a uno de sus primos. Los tres son protagonistas de sendas novelas; el último, de dos, para ser más exactos. La vida de Lisa se narra en "El vientre de París"; la de Gervasia, una de las más tristes y desgarradas, se encuentra en "La taberna"; la de Juan comienza en "La tierra" y continúa en "El desastre".

Lisa ha salido muy joven del seno de la familia para ser educada por una comerciante parisiense; por ello, el ambiente mefítico de la comunidad no ha influido en la muchacha, robusta y bien constituida. Trabaja como dependiente de una tocinería y, al sucumbir el propietario, hereda el establecimiento con otro de los empleados, el mozo Quenu, con el que contrae matrimonio. El negocio, situado en uno de los mejores lugares de los Halles, los grandes mercados de París, prospera rápidamente. Sólo una niña, Paulina, protagonista de la lindísima novela "La alegría de vivir", es el fruto de esa unión de conveniencia. El drama que se desarrolla en "El vientre de París" tiene como tema la defensa del bienestar burgués de los esposos Quenu amenazados por la llegada de un hermano del marido, prófugo al que busca la policía, y quien es sacrificado finalmente para no turbar las honestas digestiones de aquellos mercaderes enriquecidos con su trabajo y cuyo culto único es el dinero. Lisa muere a los cuarenta años, de una afección de la sangre, y su esposo la sigue a la tumba seis meses después.

Gervasia Macquart es uno de los prototipos literarios del vastísimo campo de la Novela Universal, y así lo han estimado los más famosos críticos europeos. Además, es el más reciamente humano de todos los que forman esta familia heterogénea en la que tanto abundan los viciosos y los tarados. Concebida en plena embriaguez de sus progenitores, nace con un defecto físico, una cojera que, sin embargo, no desmerece en el conjunto muy atractivo de su figura de rubia blanquísima. Se asemeja al padre en su deseo de tomar los placeres donde se encuentren y a la madre en su laboriosidad y en su fondo honrado. Desde muy niña ha trabajado como lavandera en el pueblo donde, apenas alcanzada la pubertad, se entrega al jovenzuelo Augusto Lantier, sombrerero, descendiente de paralíticos y con una decidida inclinación a la holganza y al buen vivir. De esta unión nacen tres hijos cuyas personalidades se estudian al tratar del grupo afín, de los Lantier.

Huyendo de las palizas tremendas que le "sacude" su padre, el ebrio Antonio, quien pretende explotar el trabajo de su hija como el de su mujer, Gervasia, con su amante y dos de sus hijos, huye a París. "La taberna", esa gigantesca epopeya, tan atacada por los incomprensivos, los pedantes y los necios, y a la que el autor calificó como "la más casta de sus obras", nos refiere la vida de Gervasia, desde su llegada a la Ciudad-Luz, con sus diversas

y trágicas aventuras... La joven y todavía bonita obrera es abandonada por el sinvergüenza de su amante a los pocos días de residencia en la capital, en un siniestro hotel de los "bulevares" exteriores, del populoso barrio de la Chapelle, paupérrimo en aquellos primeros años del Imperio. Presa de negra desesperación, es insultada por la hermana de la rival que le ha quitado su "hombre", en el lavadero público, ante la rechifla general de las asistentes a aquel tenebroso mentidero. Gervasia contraataca bravamente, saliendo por los fueros de su dignidad atropellada, y se enzarza con la morena y flaca Virginia, su contendiente, en una riña feroz que acaba con la más ignominiosa derrota de la vil provocadora. Cuando la abandonada golpea con la contundente paleta de lavandera las partes más carnosas del cuerpo de la rival, crudamente puestas al aire, una canturria vengativa y horrible se exhala de los labios de la agraviada, como un gemido de angustioso y precario triunfo: "¡Pam, pam!, Margot va al lavadero; ¡Pam, pam!, y a golpes de paleta; ¡Pam, pam!, enjuga su corazón; ¡Pam, pam!, todo negro de dolor..." Es una letanía de agonía y desolación, alucinadora, escalofriante.

Con su trabajo, la enérgica mujer va ganando lo suficiente para subsistir con sus dos pequeños y pagar la mísera pieza del hostel. Su modestia, tanto como su palmito, atrae las simpatías de un guapo mozo de la vecindad, el plomero Coupeau, bien educado y galante, quien perdidamente enamorado de la lavandera, al no conseguir nada con sus insinuaciones, la propone matrimonio. El capítulo de la novela en el que se detallan los pintorescos incidentes del día de la boda es, sencillamente, formidable: uno de los grandes aciertos del autor y una página antológica de la novela naturalista francesa.

En los primeros tiempos, las cosas marchan de frente para los recién casados. Trabajan ambos y la suerte les sonríe. Nace una niña, Anita, que se hará famosa un día con el sobrenombre de "Naná". Como ambos son ahorrativos, consiguen reunir lo suficiente para que Gervasia se instale como lavandera "de fino" en la Goutte d'Or; pero antes de realizar este sueño dorado, un día aciago, Coupeau, distraído en su trabajo peligrosísimo sobre un tejado, cae a la calle y está a punto de matarse. Se salva milagrosamente; pero se ve obligado a permanecer durante varios meses inmóvil en el lecho hasta recuperar el uso de sus miembros. Lo que no recupera ya jamás es su afición al trabajo; en la prolongada convalecencia se ha habituado a la pereza, a la vida muelle, a vagar de taberna en taberna, platicando alegremente con amigotes. Es, desde ahora, la mujer quien llevará la carga del sostenimiento hogareño y de los vicios del marido, que completamente desmoralizado pasa la vida en el "assommoir", en el matadero que es la taberna del tío Colombe, cuyos alambiques destiladores de aguardiente son como diabólicos hilos de aquella gigantesca "máquina de emborrachar".

Consumidos sus ahorros en la enfermedad, para instalarse Gervasia ha utilizado el préstamo de un vecino, un digno obrero. Goujet, llamado "Boca de Oro", que se ha enamorado románticamente de la planchadora, pero a quien ella no concede sino alguna que otra sonrisa de complacencia y de gratitud, pues además este magnífico amigo se ha encargado de enseñar el oficio a Esteban, el menor de los hijos de Gervasia. A propósito de estos amores platónicos Zola escribió una de sus más admirables escenas, que no olvidarán los que hayan leído "La taberna": la del duelo en el taller entre dos herreros para demostrar quién de ellos consigue tornear con más perfec-

ción un perno especial, manejando sus martillos sobre las bigornias del yunque con una fuerza y una gracia únicas, ante el estímulo de la presencia de la rubia, a quien los dos desean.

Algunos meses después de la instalación, la fiesta del cumpleaños de Gervasia reúne en torno de su bien provista mesa a varios vecinos y amigos de los Coupeau, con una cena fantástica, en la que no faltan ninguno de los succulentos platos típicos de la cocina francesa. Al final del pantagruélico banquete todos se encuentran alegres en demasía y se exhiben en medio de la tienda, donde los comensales son contemplados por todo el vecindario. Entre los "mirones" se encuentra el sombrerero Lantier, quien busca reanudar sus relaciones con la madre de sus hijos. Coupeau, al verlo, con la generosidad fácil, propia de la ebriedad incipiente, lo invita a entrar y provoca una reconciliación general. Desde este momento, el "triángulo" queda cerrado. Lantier toma, como huésped, una de las habitaciones de la casa y bien pronto la joven ha de compartirse entre los dos hombres ante los irónicos comentarios de las amistades y las murmuraciones de sus enemigos y de los envidiosos. Esta anomalía se cristaliza en frecuentes francachelas y en una lenta descomposición moral que va dando, poco a poco, al traste con la prosperidad del negocio. A veces, la propia Gervasia acompaña en sus "juergas" a los dos compadres, habituándose con ello al aguardiente. Pronto termina para la desdichada el hábito del trabajo y sus buenas cualidades se van al garete y, con ellas, los clientes, la prosperidad, el taller entero... Con el corazón desgarrado, pero sintiéndose ya impotente para reaccionar, Gervasia traspasa el local por un puñado de monedas, y precisamente en la más odiada enemiga, aquella con la que peleó tan sañudamente en el lavadero. Desde este momento la decadencia es rápida: Coupeau se emborracha diariamente; Lantier, como ya no puede extraer más dinero a su querida, desaparece de nuevo; Naná huye de la casa para lanzarse precozmente al vicio; Gervasia se ve obligada a realizar penosísimas faenas de fregatriz a domicilio, cuando no se encuentra aplomada por el alcohol. Goujet, el herrero enamorado, se aparta, asimismo, de la mujer envilecida. Una espantosa noche de hambre y de frío, la envejecida Gervasia, después de pedir limosna inútilmente a los escasos transeúntes del "boulevard" exterior, intenta vender su cuerpo, que todos rechazan...

Y el final se precipita. Primeramente, Coupeau muere en un ataque de "delirium tremens". Ella va entrando en un estado de idiotez permanente, del que no sale sino para mendigar las monedas indispensables para emborracharse una vez más... , hasta que parece sobre el duro pavimento de una pocilga, bajo la escalera de la misma casa en que un día vivió como reina y señora, sin que nadie más que el sepulturero asista a la inhumación de sus míseros despojos. Así termina esta heroína de novela que tanto ha espantado a los relamidos burgueses del siglo último y que, sin embargo, posee un encanto, un atractivo, pocas veces igualados.

Juan Macquart, el menor de los hijos de Antonio, es desdichado; pero, por lo menos, en este caso no es él mismo el artífice de su desgracia. Son las circunstancias, la mala suerte, la fatalidad, que obstaculizan su camino. Físicamente se parece a sus padres; por el contrario, no ha heredado ninguna de sus inclinaciones. Su oficio es el de campesino. Hasta cierto punto "La tierra" viene a ser como una réplica moderna del eterno tema de "Los trabajos y los días", del Hesíodo legendario. Como afirma el autor, en el

prólogo de esta sensacional obra: “La tierra es la heroína del libro. La tierra nutriz, la tierra que da la vida y la vuelve a tomar, con absoluta impasibilidad. Es un personaje presente que llena todo el volumen. El hombre, el agricultor no es sino un insecto que se agita sobre ella y que combate por extraer de la misma su propia vida. El permanece encorvado y no ve sino el grano que debe brotar, pero no el paisaje...”

Juan, el esforzado cultivador, labora, sufre, lucha, ama, se desespera, triunfa o fracasa en el gran marco verde inmenso de la llanura de la Beauce, y a su alrededor se agitan una cincuentena de personajes interesantísimos que son como fotografías al magnesio de los hombres de la gleba. En la aldea de Rognes, donde trabaja, Juan se casa con la pequeña Francisca Mouche, que perece trágicamente, sin dejarle descendencia. Este drama, decepcionando para siempre al héroe de la novela, le hace abandonar oficio y territorio para dirigirse a París.

Y lo encontramos otra vez en “El desastre”. En esta obra, Juan es soldado y forma parte de una de las unidades defensivas en la guerra franco-prusiana de 1870, que significó para el país galo una de las mayores catástrofes de su historia, con la caída estrepitosa del Segundo Imperio; la más mortificante humillación que haya soportado jamás pueblo alguno; la más sangrienta derrota; la pérdida de millares de vidas, de decenas de millones de francos, de sus más ricas provincias del Este, y la incubación de un espíritu de desquite y venganza que no había de cesar, acaso, hasta casi medio siglo después. “El desastre” es un documento importantísimo en el juicio histórico de los años del inicuo reinado de Napoleón el Pequeño. El relato de la espantosa batalla de Sedán, cuya “charnière” o charnela ha sido el gran tropiezo del ejército francés en tres guerras consecutivas —1870, 1914 y 1940—, tiene caracteres de relato homérico. Zola, que ha sabido “mover” como nadie las grandes masas, pinta con pinceles épicos esa gran batalla en la cual la técnica alemana moderna inutilizó los esfuerzos del indiscutible heroísmo francés. La descripción de este memorable combate, que ocupa más de una mitad del libro, y las horrendas escenas del “Campo de la Miseria”, son una lección completa de escuela naturalista. Ningún estudioso de las letras contemporáneas puede desconocer esas páginas como paradigma de la nueva corriente que venía a derrotar y a borrar definitivamente del panorama literario al falso realismo de Balzac y de sus opacados satélites.

Entre la masa, cuya grandeza se pone de manifiesto en “El desastre”, Juan Macquart es sólo un símbolo: la representación de una unidad esencial en el conglomerado activo que significa todo un pueblo defendiendo su independencia... Después de la derrota, el protagonista consigue huir a París, donde toma parte en la defensa de la gran ciudad asediada. Desde aquí, presencia el derrumbamiento del poderío napoleónico, la desesperante retirada, el sitio de la urbe orgullosa, cuando cada habitante de la Lutecia inmortal se convirtió en héroe anónimo; sufre con la atroz secuela del terrible invierno sin combustibles, del hambre espantosa que convertía, de nuevo, al hombre en lobo del hombre... Más tarde, el ominoso tratado de paz y los meses trágicos del levantamiento comunero, el incendio de las Tullerías y del Palacio de la Legión de Honor, el asesinato de los rehenes, el triunfo de los soldados “versalleses” y los fusilamientos del fúnebre paredón del “Pere Lachaise”... En la contienda civil, Juan mata, sin darse cuenta de ello, a su más querido

amigo, con lo que malogra para siempre el amor que profesaba a la hermana del muerto y que, tal vez, era correspondido. Y, volviendo una vez más a la documentación del doctor Pascual Rougón, sabemos que, tras estos dramáticos acontecimientos, Juan regresó al campo, establecióse en Valqueyras, cerca de su tierra natal, donde contrajo un matrimonio de interés...

LOS MOURET, LA RAMA MIXTA.

Los Mouret son seis, repartidos en dos generaciones. Pertenecen a la primera: Francisco, Elena y Silverio; a la segunda: Octavio, Sergio y Deseada.

El apellido es aportado por el esposo de Ursula Macquart. En el primer volumen de la serie se hace referencia breve a este matrimonio, efectuado en 1810. El esposo es sano y perfectamente equilibrado; la mujer es moralmente sana, pero padece de una tuberculosis que la lleva al sepulcro antes de cumplir la cincuentena. En principio, los tres hijos, Francisco, Elena y Silverio, son perfectamente normales. Francisco ha terminado su adolescencia con una instrucción media y una disposición para el comercio que permite suponer para él un porvenir desprovisto de cuidados. A los veinte años se ha puesto en relaciones amorosas con su prima Marta Rougón, hija de Pedro y Felicidad, y con ella se desposa tres años más tarde, estableciéndose en el comercio de importación y mayoreo del que obtiene rápidas ganancias, lo que permite a los esposos retirarse a Plassáns, para vivir de sus rentas en plena juventud. De este entronque entre las dos ramas legítima y bastarda, por Marta, descendiente de Rougón, y Francisco, que es un Macquart, nacen los tres Mouret de la segunda generación, la rama mixta, de la que se hablará más adelante.

En la ciudad del Mediodía, Francisco Mouret es uno de los principales pivotes a cuyo alrededor gira la gran conjura política y clerical de la que se relatan los incidentes en "La conquista de Plassáns". Puede seguirse en sus páginas el desmoronamiento despacioso y terrible de un cerebro; mejor dicho, de dos: los de ambos cónyuges. El histerismo de Marta, al que contribuye en parte la temprana ociosidad a que la lleva la pronta retirada de los negocios, es campo propicio para recibir la simiente de cualquier morbo desviatorio. En este caso, la religión es el medio, y el sujeto el tenebroso abate Faujas, siniestro clérigo de mala reputación, de ambición desenfrenada oculta so capa de una bien disfrazada humildad; un perfecto Tartufo, con sotana, que sirve a la intrigante anciana Felicidad Rougón para llevar a efecto una nueva conjura política y religiosa tendiente a unir los diferentes partidos locales para consolidar el régimen bonapartista en el departamento. Faujas posee un extraño poder persuasivo y una personalidad fascinadora que prende fácilmente en el conturbado espíritu de Marta, la cual concibe por el cura una ciega admiración y un súbito enamoramiento que le hace ir, poco a poco, abandonando sus quehaceres hogareños, entregando en las manos del audaz captor de voluntades toda su fortuna personal y la de los suyos, perdiendo todo cariño al marido y a los hijos y dedicándose a una devoción, casi ascética, dictada por el feroz tonsurado, que llega a ser amo indiscutible de la casa.

Posiblemente, Francisco hubiera vivido siempre como un individuo común y corriente, si no hubiera surgido en su camino este elemento de

desintegración. Pero toda su varonil arrogancia y sus protestas fracasan ante la dura actitud de su mujer y, a consecuencia de ello, su mente zozobra; poco a poco va cayendo en una especie de estupidez creciente, se cree loco y todos contribuyen a que contraiga la evidencia. Fácilmente consiguen encerrarlo en el manicomio de Las Tulettes, donde todavía se encuentra la tía Dida, su abuela. Mientras tanto, el cura y su extravagante familia se instalan con toda comodidad en la casa del ex comerciante. Los hijos son enviados fuera de la ciudad. . . Una noche, el vigilante de la casa de locos deja abierta la puerta de la celda, sirviendo los malévolos designios del viejo Antonio. El desdichado recluso huye; marcha a su hogar, protegido por la oscuridad, y en un ataque de demencia le prende fuego metódicamente, de tal manera que arde completamente el edificio, pereciendo en el incendio él mismo con los intrusos. . . Poco después, Marta fallece en la casa de su madre donde se había refugiado.

Elena, siete años menor que Francisco, es también de constitución delicada y predispuesta a la tuberculosis; pero su vida bien regulada le permite soslayar la amenaza. Casada muy joven con un oficinista, enviuda a los diez años de matrimonio y vive en París, de su pensión, entregada exclusivamente al cuidado de su hija única, la pequeña Juana Grandjean, la cual siente por su madre una adoración casi enfermiza. Esta niña, muy semejante a su bisabuela Adelaida, es lo que vulgarmente se llama "un manojo de nervios". La obra consagrada a la interesante figura de Elena Mouret es "Una página de amor", cuyo argumento, a grandes rasgos, es el siguiente: Cierta día, Juanita cae enferma, súbitamente, de gravedad. Su madre, desesperada, acude al primer médico que halla al paso, quien, después de algunos días de atenciones y cuidados, logra curar a la pequeña. Con este motivo, se entabla entre la viuda y el joven doctor una tierna amistad que, al cabo de algún tiempo, se convierte en amor. Surge entre ellos un firme obstáculo para su dicha: un acceso de celos violentos por parte de la niña que no quiere compartir con nadie el corazón materno y que odia al hombre por quien Elena siente tan honda inclinación. Todo el libro está enajado de patéticas escenas entre los dos enamorados que tienen que verse a escondidas, como culpables, y entre madre e hija, que acaban en violentísimos ataques de nervios de esta última y que terminan con la vida de la infeliz criatura. . . La madre, desolada, sumida en una desesperación horrible por la muerte de su hijita, rompe con su amante y está a punto de morir también. . . Afortunadamente, la crisis se resuelve en una melancolía incurable y, cuatro años después, contrae matrimonio con un tal señor Rambaud, de edad avanzada, y se retira a Marsella.

Por lo que respecta al menor de los tres hermanos de la primera generación, Silverio, su historia es más breve. Aparece como el más simpático de los personajes de "La fortuna de los Rougón", a la que tantas veces nos hemos referido. Es, asimismo, el primer muerto de la familia. Algunos críticos han comparado la narración de los idílicos amores de Silverio Mouret y su linda vecinita, la Miette, con los de Dafnis y Cloe, la perla literaria de Longo. Los dos jóvenes, casi niños, él de diecisiete años, ella de catorce, se aman eglógicamente en los escondites formados por la abundante verdura de los invernaderos mediterráneos, por los acervos de tablones de casas en construcción, por los pasajes de sombras en los arbustos a la orilla del río, con una pureza y un candor semejantes al de los héroes helénicos citados.

Como dioscellos se aman y, efectivamente, como a tales el Destino les

depara una muerte muy temprana. Respondiendo a la gran campanada del golpe de estado, en París, muchos departamentos, especialmente del Mediodía, que guardaron siempre alquitaradas las más puras esencias revolucionarias, se rebelan y toman las armas contra el innoble usurpador. Al grito histórico de “¡Vivir libres o morir!” el pueblo se levanta. En Plassáns, las columnas de insurrectos chocan en seguida con las tropas que ahogan rápidamente en oleadas de sangre el conato de rebelión. Entre los muertos de una columna insurgente caídos en las afueras de la ciudad, se encuentra la Miette, niña mártir, que sucumbe sin saber siquiera por qué... Su novio, el joven Mouret, enloquecido, busca también la muerte, y la encuentra en el tiro de pistola que a bocajarro le dispara un vengativo gendarme. Esta tragedia produce el choque brusco en el cerebro debilitado de la tía Dida, al contemplar el cadáver de su nieto predilecto. He aquí un caso en el que no han influido ni el ambiente ni la herencia, sino una actuación de las circunstancias en un sentido ideológico.

Pasemos ahora a los otros tres Mouret, los de la segunda generación, los de la rama mixta, hijos del alienado Francisco y de la neurótica Marta, llamados, como ya se ha escrito anteriormente, Octavio, Sergio y Deseada.

Emilio Zola ha destinado a esta última el papel de comparsa, de simple acompañante de sus hermanos, especialmente del menor. No figura como protagonista en ninguna obra. Desde su nacimiento, Deseada padece una neurosis que linda con la idiotéz; es lo que llaman los franceses una “inocente”. Adora a los animales y éste es su rasgo más bello. Pequeñita y hermosa, es satélite de sus mayores en la casa paterna, y más tarde, al desmoronarse el hogar y al morir los padres, Sergio la recoge a su lado, y allí queda siempre, en la felicidad plácida de los retrasados mentales, con sus candores adormecidos en su perenne éxtasis de virgen dulce y tímida.

Octavio protagoniza dos novelas: “Miserias humanas” y “A la dicha de las damas”. Sergio es el personaje principal de “La falta del abate Mouret”.

“Miserias humanas” es el título mal traducido de “Pot-Bouille”; otros traductores lo han titulado “Comida corriente”. Ni uno ni otro son acertados; mejor hubiera sido “La olla” o aún, “El miserable puchero”, como se le ocurrió a un editor madrileño. En esta gran novela surge al escenario parisiense Octavio Mouret. Bien plantado, esbelto, de elegante porte y provisto por todo bagaje de un avasallador optimismo, el primogénito de la rama mixta no revela ni exterior ni interiormente vestigio alguno de desquiciamiento o de tara hereditaria. Cuando la casa de sus padres cayó en las sucias garras del abate Faujas, Octavio salió de Plassáns para trabajar como dependiente de comercio en Marsella. Bien pronto considera a esta ciudad, la segunda en importancia de la nación francesa, como campo insuficientemente vasto para sus ambiciones; por lo tanto, se traslada a la capital, y allí lo encontramos, recién llegado, como un Rastignac balzaquiano, decidido a la conquista de la urbe lumínica. Emplazando sus baterías en la misma casa de unos conocidos, donde se aloja, honorable hogar burgués, medio encantador, medio infame, comprende en seguida el bisoño comerciante que para obtener el triunfo que se propone sólo hay un arma verdaderamente efectiva: la Mujer. El “eterno femenino” tiene en París más realidad que en ningún otro lugar del planeta. Por ello, se sirve de las mujeres, sobre todo de las pertenecientes a la mesocracia, a la clase pequeñoburguesa, que es la más corrompida, a la vez que la más desdichada. Al contrario de Flaubert en su

“Madame Bovary”, que nos presenta un proceso de vulgar adulterio rodeado de una cadena de torpes convencionalismos, Zola nos hace conocer en las páginas de este volumen toda una serie de mujeres que engañan a sus maridos por ocio, por hastío, por su incapacidad de negarse a las pretensiones de un admirador o por novelería ñoña y cursilona; aunque, vale decirlo, casi nunca, por vicio. Subiendo por la escala de los adulterios que en ningún instante logran retener el corazón frío y calculador de Octavio, concibe éste el plan audaz que ha de llevarle al establecimiento del gran almacén “A la dicha de las damas”, para lo cual contrae un enlace de hielo casi blanco, con la no menos frígida señora Hedouin, dueña de un gran negocio de sedería y lencería. Extinguida, tras breve enfermedad esta primera esposa del Mouret mayor, queda de su propiedad el almacén, al que hace crecer paulatinamente hasta adquirir proporciones desmesuradas, absorbiendo a todos los pequeños comercios de los alrededores, como el gran pulpo que succiona la sangre de los seres menores vivientes en las cercanías.

En ninguna etapa de su vida, a lo largo de las dos interesantes novelas, sufre Octavio el menor desfallecimiento. Es un verdadero genio del comercio a la moderna y así lo reconocen todos los que lo ayudan y lo sirven. La fortuna no deja de sonreírle; el Cálculo, al que rinde culto como a un fetiche invencible, lo acompaña, constante. Sin embargo, tiene su “talón de Aquiles” en la bella y modesta vendedora Dionisia Baudú, a la que ama sinceramente el ya poderoso hombre de empresa, el comerciante a la moda, ante quien sucumben sin lucha las damas de más empingorotado copete del Segundo Imperio. Sin embargo, Dionisia lo lleva al altar como a un corderito, y para que su suerte no quede desmentida, al lado de su esposa es verdaderamente feliz. Como bendición del hogar hay dos descendientes: un varón y una hembra...

Sergio es un año menor que Octavio y tres mayor que su hermana. Físicamente es un retrato exacto de la madre, de la que hereda una neurosis mórbida que lo lleva, desde muy niño, al misticismo más exaltado. La influencia de Faujas ha contribuido a que el joven comience los estudios en el seminario, consiguiendo, gracias a sus entusiasmos, ordenarse de sacerdote con los mejores auspicios. “La faute de l’abbé Mouret” está dedicada a mostrar la evolución espiritual del padre Sergio. El notable ensayista P. Martino, en su obra “El naturalismo francés”, dice que esta obra “es antes que todo una especie de poema lírico en prosa; con dos únicos personajes que representan dos símbolos vivientes, y el autor desarrolla en ella una gran antítesis, al pretender mostrar a la Iglesia en rebelión contra la acción bienhechora de la Naturaleza”. Entregado el sacerdote a un éxtasis de misticismo incontrolado, quemado en un ardor espiritual por la Virgen, es presa de graves delirios y desvanecimientos, en el borde mismo de la demencia. Hay un instante en que parece que sólo le resta al abate entrar en la agonía; pero gracias a la decidida intervención de su tío, el doctor Pascual, puede salvarse, cayendo en un estado de retroceso “en marcha hacia el infantilismo recuperado”. Para que se reponga de la demencia inicial en un larga y penosa convalecencia, el médico lo traslada desde el lugar inhóspito y áspero donde reside al Paradou de Plassáns, un jardín encantado, especie de selva tropical encuadrada en el marco de encantamiento del “Midi” provenzal, sonriente y hechizador. Durante su encierro en este edén, conoce el abate a la bellísima Albina, adorable y virginal hada madrina del vergel, entre las fuentes que

cantan con el ritmo de los surtidores y los árboles imponentes y austeros, y las flores de matices múltiples y embriagadoras emanaciones, y la música monorrítmica de las cigarras, que tanto adorara Mistral.

Entre Sergio y Albina, en aquella reedición del Paraíso Terrenal, se incubaba el más dulce de los idilios. Son un nuevo Adán y una Eva rediviva, que pasean su castidad entre la extraordinaria fecundación vegetal mientras la naturaleza va develando ante ellos sus secretos. Las secuencias de la novela se desenvuelve con una coordinación magnífica, en una sucesión de encantadores capítulos de riqueza descriptiva pocas veces igualada... Pero un día, terrible para los enamorados, el fanatismo recobra su presa. La oveja descarriada es conducida casi a la fuerza, al redil eclesiástico. Deshecho el embrujo, Albina desfallece, cae en una languidez letal y expira, al fin, sin que Sergio, cura de la parroquia de San Eutropio, próxima al Paradou, que ha de officiar en los funerales de la infeliz muerta de dolor, sienta el menor remordimiento, con su egoísmo abroquelado en el ofrecimiento de la renunciación y del rescate de la falta cometida.

Como puede verse, en este ligero resumen, de la rama mixta de los Mouret solamente un vástago ha crecido firme y robusto y parece continuar la parte más sana de la estirpe. Fuera de Octavio, todo queda estéril y yermo... La unión de los dos primos carnales, Marta y Francisco, ha tenido como consecuencias de tipo biológico el nacimiento de un místico, neurótico y desequilibrado y de una triste niña medio imbécil. La herencia ha jugado aquí, con sus leyes inquebrantables, un papel decisivo.

Hay similitud entre los dos grupos Mouret. Las dos generaciones poseen factores determinantes de taras hereditarias, lo que permite suponer que se repiten en los descendientes, con características idénticas en los diferentes núcleos de la misma comunidad familiar, lo que han sostenido con Zola, diferentes autores que han estudiado estos temas de genética. Obsérvese, no obstante, que en la generación mixta, los tres hermanos representan: un tipo normal; otro, Deseada, anormal de nacimiento, y un tercero, el abate, normal al principio y desquiciado en el momento crucial del despertar de la adolescencia...

* * *

LOS LANTIER, LA RAMA AFIN.

Los hermanos Lantier son típicos Macquart. De su padre, el sombrerero Augusto, vago y donjuanesco, con quien su madre, la planchadora Gervasia Macquart, ha convivido desde los trece años hasta que, hastiado de la joven, la abandona en un miserable hotelucho de barriada, no han sacado sino un leve parecido físico y ciertas inclinaciones a la buena vida; en cambio, de su progenitora han heredado la honestidad y el buen sentido. Los Lantier son tres; cuatro, si se agrega su hermana Ana, que aun siendo hija de Coupeau, ha tomado una extraña mezcla de los temperamentos combinados de la lavandera y su amante y casi nada de su padre, el marido legítimo de Gervasia.

Respecto de esta trilogía de Lantiers, Zola incurrió en uno de sus rarísimos descuidos, inexcusables en un escritor tan metódico. Al principio, fueron sólo dos: Claudio, nacido en 1842, y Esteban, cuatro años menor. Así figuran en el primer árbol genealógico de los Rougón que Zola hizo imprimir al comienzo de "Una página de amor". Los dos hermanos aparecen en las

primeras páginas de "La taberna", donde se hace constar que el primero nació cuando su madre tenía catorce primaveras y ya, haciendo vida marital con Augusto, vino el segundo. Pero resulta que este segundo se convierte más tarde en tercero, y entre Claudio y Esteban aparece un nuevo vástago, llamado Santiago, que no da señales de vida hasta la decimoséptima novela, "La bestia humana". Los tres hermanos en algún otro de los volúmenes aparecen episódicamente, pero tienen por sí mismos caracteres de protagonistas, lo mismo que la hermanastra. Claudio es el héroe de "La obra"; Santiago, como ya se dijo, figura como el principal personaje de "La bestia humana"; Esteban va al frente de la extraordinaria novela "Germinal"; Anita es nada menos que "Naná"...

Los cuatro son anormales, síquicamente hablando, a consecuencia de sendas neurosis que Zola nos presenta como resultantes fatales de la herencia de padres y abuelos alcohólicos. Como vamos a ver luego, estas neurosis que el autor clasifica como "estados de genio, de morbo, de crimen y de vicio", en cada uno de ellos respectivamente, tienen puntos de semejanza que se manifiestan muy especialmente en Santiago y Esteban y que les llevan con un fatalismo más propio de los héroes griegos que de los personajes de ficciones modernas al cumplimiento inexorable de su destino.

Claudio se ha desnaturalizado un poco, porque, al parecer, el autor tomó el tipo de una persona real: nada menos que del ilustre y dramático pintor Pablo Cézanne, así como en otro personaje secundario del volumen "La obra" se ha retratado él mismo. La primera infancia del mayor de los Lantier transcurre en Plassáns, lugar de su nacimiento, y más tarde en París, en un cierto abandono. Su madre tiene que trabajar de la mañana a la noche para sacar adelante el hogar, ya que el "guapo Augusto" emplea la mayor parte de sus horas en estériles charlas políticas en los cafetines de arrabal, o en la persecución de fáciles conquistas femeninas. La tremenda pelea del lavadero, antes reseñada, que figura en las primeras hojas de "La taberna", se desarrolla en presencia del niño, quien ya con ocho años cumplidos puede valorar sensatamente la conducta del hombre cuyo apellido lleva, al dejar plantada a la pobre compañera en la más negra de las miserias. No cabe duda de que la escena deja honda huella en el espíritu del tierno infante. Algunos meses más tarde, asiste al matrimonio de su madre con el plomero Coupeau, cuya primera época se desenvuelve dentro de una suave tranquilidad y de una calma apacible. Ya se ha manifestado, desde años antes, en el muchacho, una decidida afición al dibujo, a la pintura, que personas expertas han considerado con atención por haber encontrado en algunos de los infantiles esbozos atisbos geniales. Un anciano artista de Plassáns, interesado por el joven, se encarga de su educación y lo hace ingresar en un colegio de primera categoría. En "La obra" encontramos a Claudio como un pintor hecho y derecho, de veinte años cumplidos, soñando con su original escuela del "Aire libre", de la gran pintura monumental... Como todo verdadero genio, tropieza con la incomprensión general. Nunca un grande hombre ha convencido a su propia generación; han sido las subsiguientes las que juzgan y consagran un valor ya madurado, añejado como los vinos de calidad: así a Pablo Cézanne, así a Claudio Lantier. Sus lienzos geniales son vapuleados por la crítica y juzgados irrisoriamente por el "tout Paris" de los salones y de las exposiciones artísticas; sus propios compañeros se mofan de aquel talento desmesurado y sobrenatural. Su fracaso en los certámenes, donde los

cuadros expuestos son tomados como objetos de burla, descomponen al pintor material y espiritualmente. Su mujer, antigua modelo, encontrada por el artista una noche al azar de sus vagabundeos, sufre enormemente al no poder consolar a su esposo. Un hijo único, el pequeño Luis Carlos, macrocéfalo y monstruoso, muere a los pocos años y ello hunde más a sus padres en la desesperación. En su locura de genio, Claudio pinta un cuadro, para el que toma como macabro modelo la cabeza fantasmagórica del hijito muerto... Poco tiempo después, tras el hundimiento de todas sus esperanzas, se ahorca, colgándose de una viga de su destartado estudio. Final muy apropiado para el descendiente de dos seres extinguidos entre los desvaríos del "delirium tremens".

Santiago, según se explica un poco a la ligera en las páginas de "La bestia humana", había sido recogido a los seis años por su madrina, la tía Facia, una Lantier prima de su padre. En Plassáns siguió los cursos de la Escuela de Artes y Oficios; por su dedicación a la mecánica llegó a ser maquinista de primera clase en la Compañía Ferroviaria del Oeste y conducía diariamente el expreso que va desde la capital francesa hasta el puerto de El Havre. Bien educado, de esmerada apariencia, de costumbres morigeradas, ni bebedor, ni jugador ni mujeriego, hubiera llevado, quizá, la vida honesta de un perfecto ciudadano si una de las taras hereditarias tan comunes en la familia no lo pusiera al borde de la locura homicida cuando contempla la palpitante blancura de una garganta femenina. Esta es la forma atroz en que los antepasados actúan sobre el buen muchacho. Vivir en "estado de crimen" no es ni mucho menos agradable; por el contrario, es algo tan horrible que justifica todas las desviaciones y todos los desastres. La creación de este tipo magistral es uno de los grandes aciertos del autor. Freud ha presentado casos de trastornos síquicos muy parecidos, aunque no de idéntica procedencia hereditaria.

Fuera de esa influencia malvada, el maquinista es un ser interesantísimo: misántropo, misógino, a consecuencia de su desdicha, pero desbordando humanidad, pundonor profesional, dedicación a su trabajo como lo demuestra el amor a la "Lisón", su máquina, compañera de labores a la que habla como a una mujer amada y con la que derrocha la ternura que rebosa de su corazón puro. Otras compañeras de carne y hueso le están vedadas; en muchas ocasiones, al encontrarse junto a mujeres jóvenes y enamoradas, como su prima, por ejemplo, ha tenido que luchar violentamente contra su demonio interior, contra el brutal ramalazo de la locura que le grita: "¡Mata!" En el marasmo de su dolor, piensa que él es el ser destinado a pagar por las anteriores generaciones de alcohólicos, padres, abuelos, bisabuelos, "cuya sangre tarada había absorbido como un lento envenenamiento, produciéndole esa especie de salvajismo que lo llevaba al pasado remoto, convirtiéndolo en hermano de los grandes lobos devoradores de mujeres en el fondo de las selvas..." Sin embargo, un día llega a creerse curado y suspira feliz cuando consigue poseer a una mujer —la esposa del jefe de estación de El Havre— también tarada y cómplice de un crimen repugnante cometido por su marido. El espectro del homicidio no se presenta ante Santiago durante varios meses; desdichadamente, el destino ha de cumplirse: ni los dioses pueden sustraerse a su mandato. Santiago siente un día el despertar del monstruo que le dice: "¡Mata!", y esta vez obedece. El maquinista degüella a su querida y

huye, consiguiendo quedar casualmente impune. Poco después, en una absurda riña por celos con el fogonero del propio tren y sobre la plataforma de la locomotora que conduce, siente, de nuevo, ansias de matar... En el rigor de la pelea caen ambos, abrazados, a la línea férrea y son destrozados horriblemente. "Se les encontró sin cabeza, sin pies, dos troncos ensangrentados que se estrechaban aún, como para ahogarse..."

En cuanto a Esteban, su destino es apenas menos sombrío. Cuando, después del matrimonio de Gervasia, quedó solo con los recién casados, por motivos triviales al comenzar el descarrío del plomero, era mantratado sin motivo alguno. Su naturaleza es, como la de sus hermanos, excelente, pero, como ellos, está tarado. Desde niño ha conocido una influencia bienhechora, la del herrero Goujet, quien, por ayudar a la planchadora, hace entrar al jovenzuelo en la fábrica en que él trabaja, para que aprenda el oficio. Más tarde, comprendiendo que la existencia del mismo en la turbia promiscuidad de aquella casa puede desmoralizarlo, consigue hacerlo marchar como aprendiz a unos grandes talleres de la ciudad de Lille. Esteban vuelve a aparecer en la novela "Germinal". Lo mismo que a Santiago, la herencia de las generaciones alcohólicas lo abrumba: basta con que ingiera una pequeña cantidad de aguardiente para que se apoderen de él incontenibles deseos de matar. Conociendo esta circunstancia, Esteban es extremadamente sobrio y procura huir de toda clase de pendencias que pongan a prueba su violencia de carácter. Cuando llega frente a la mina "La Voreux", en la frontera belga, se encuentra sin trabajo, medio muerto de frío y de hambre y decidido a aceptar cualquier faena que signifique un cobijo y un mendrugo de pan. Por azar halla en la mina una vacante de aprendiz en uno de los más viejos yacimientos de carbón del Norte, inmediato a la raya fronteriza. Convive con la familia Maheu, todos cuyos componentes pertenecen al oficio, y se aloja en la vivienda de los mismos. Poco a poco, llega a ser un buen trabajador y, debidamente preparado por lecturas revolucionarias y por pláticas con obreros que profesan ideas avanzadas, llega a ser dirigente de los mineros en la localidad y promotor de la espantosa huelga que termina de una manera tan trágica...

Después de la derrota, sufre humillaciones sin cuento, tanto de los patronos como de los mismos compañeros que no le perdonan el fracaso del movimiento, que ha hecho correr sangre abundante entre la clase humilde del país. Todos han claudicado, especialmente los jefes de familias numerosas, cuya capacidad de resistencia es, naturalmente, menor. Los dueños de la mina, despiadados burgueses, han puesto condiciones humillantes para los que vuelven al trabajo, y no hay otro remedio que bajar la cabeza... Esteban, solo, sin obligaciones inmediatas, puede esperar algún tiempo, máxime cuanto que para él, como dirigente, las condiciones son más ominosas. Pero al final también hinca la rodilla de la humillación. Poco más tarde, un "sabotage" provocado por cierto alucinado anarquista, acarrea una catástrofe espantosa. Las galerías se hunden; toda la construcción extractiva se viene abajo, sepultando a decenas de mineros. Esteban queda emparedado en un pozo con algunos compañeros y con la dulce Catalina Maheu, que lo quiere apasionadamente y que muere en sus brazos después de confesarle su pasión y darse a él, en pleno delirio agónico... Poco antes se ha visto obligado a matar al antiguo novio de la joven, al malvado Chaval, cediendo

al impulso oculto que lo arrastra al homicidio... Al cabo de varios días las cuadrillas de salvamento consiguen rescatarlo, medio loco y famélico, con todo el pelo blanco, cual si fuese un anciano. Pasa muchos meses en un hospital reponiéndose milagrosamente y, al ser dado de alta, abandona el nefasto lugar donde ha dejado los mejores años de su vida. Y al partir, dice Emilio Zola, siente Esteban que en la mina que deja atrás “crecían hombres, el ejército negro vengativo, que germinaba lentamente para producir sus frutos en las luchas del siglo venidero, y cuya germinación iba muy pronto a hacer estallar la tierra”. ¡Profecía del gran escritor que se ha cumplido en su totalidad! En “El doctor Pascual” nos informamos de que Esteban intervino en el levantamiento de la “Commune” de París, que fue detenido, condenado a muerte, indultado y, después, deportado a Numea, donde cumplida la condena se casó y tuvo dos hijos, de los cuales no se tienen datos posteriores. La figura de Esteban es una de las más recias y humanas de la colección.

Dijimos anteriormente que Ana Coupeau es una Lantier más. Efectivamente, es poquísimo lo heredado de su padre, salvo quizás un comienzo de indolencia y cierta afición a los placeres. Hasta físicamente se parece a Augusto Lantier, el galante sombrerero, por influencia o como dicen los técnicos, “por impregnación”. Su espíritu propende a la perversión y desde muy joven se ha encontrado en “estado de vicio”. Conoce todas las vicisitudes, todas las miserias de las familias obreras, de relajadas costumbres, que se hacían en la promiscuidad dolorosa de las viejas casas de vecindad. Observa en el hogar el repugnante espectáculo de la madre que se comparte entre dos hombres y que no come apenas, porque cuanto dinero cae en sus manos se convierte inmediatamente en licor. Presencia las tremendas borracheras de sus progenitores, que terminan casi siempre en golpes y en llantos de dolor amargo y de odio desenfrenado. Por otra parte, Naná es bonita, como se encargan de hacérselo saber todos los machos salaces del barrio. Viciosa y con una ambición extraordinaria, con deseos de vivir en un lujo fastuoso, como su hermosura merece, se deja raptar por un individuo que no titubea en pagar caras tan bellas primicias. Pocas veces regresa a la casa paterna a sufrir hambre y soportar las palizas del viejo plomero que tiene, ahora, un desconcertante sentido del honor. Desaparece definitivamente del hogar, y apenas si se entera, ya muy tarde, del final de su padre y de Gervasia... Penetra en los estratos sociales que los franceses conocen con el título de “demi-monde”; lentamente va siendo cotizada como cortesana de categoría y llega a ser la más solicitada del París de los últimos años imperiales. Su nombre se pronuncia con pasión, con envidia, con entusiasmo o con asco en todos los lugares de placer. Por ella se arruinan negociantes, banqueros y aristócratas; se suicidan por ella jovencuelos inexpertos y viejos “blasés”. Zola compara a esta creación suya, una de las más originales y perfectas que han surgido de su pluma, con la mosca de oro que se detiene sobre todas las putrefacciones para contaminar, más tarde, a los hombres que habitan los palacios, como un desquite del pueblo bajo por sus humillaciones de milenios... Y llega el final obligado de esta clase de mujeres; la decadencia física, el envejecimiento prematuro, el abandono de todos, la soledad más espantable y, por último, la enfermedad y la muerte. Al poco tiempo de perder a su hijo Luisito, de tres años, a consecuencia de una epidemia de viruela, ella misma se contagia y fallece, en una hedionda y rápida descom-

posición de su carne podrida, mientras en las calles las turbas aúllan pidiendo la invasión de Prusia, en los días luctuosos que marcan la próxima caída del imperio de bambolla y cloaca...

Naná ha sido muy discutida, y se han establecido parangones entre ella y otras grandes heteras de la literatura universal. Desde luego es más lógica que Margarita Gautier, más humana que la Elisa, de Goncourt, más real que cualesquiera de las viciosas heroínas de Flaubert, de Murger, de Anatole France.

El estudio de los cuatro tipos Lantier interesa especialmente por su conjunto en función social. Los cuatro son introvertidos, excepto, en ciertos aspectos, la meretriz. Solitarios entre la masa y, por lo tanto, aislados e incomprendidos. El artista Claudio se halla siempre solo entre los grupos de pintores, críticos, estetas, aficionados y negociantes, lo mismo que el obrero ferroviario entre las muchedumbres incógnitas a las que traslada en el monstruo férreo de un lugar a otro de Francia; e igual que el minero entre las masas de hombres negros subterráneos... El ambiente oprime, en todos los casos, pero la influencia determinante es interior: de no ser así la equivalencia entre los hermanos se hubiera destruido. Claudio es acaso el más desigual, pero tiene con los otros en común su predestinación, el fatalismo de sus acciones que fracasan ante el muro inmanente, la tara hereditaria, la falta de confianza en sí mismos, su misoginia, su fondo de honestidad y de laboriosidad, su encogimiento, su timidez. Los Lantier son las ramas del árbol Rougón-Macquart más llenas de savia y, por contraste las más débiles...

* * *

CONCLUSION

Terminamos este trabajo con la esperanza de haber contribuido a que el recuerdo de la familia creada por el genial padre del Naturalismo francés perdure en la mente de la humanidad lectora de los tiempos actuales y futuros. Porque, no nos cansaremos de repetirlo: excepto uno o dos, a lo sumo, de los tipos que figuran en la obra cumbre de Emilio Zola, todos los demás personajes de que nos hemos ocupado tienen vigencia en el día, casi a un siglo de diferencia desde su "nacimiento".

El hecho de que el público lector siga agotando ediciones de lujo o populares, tanto en Francia como en todos los países, es un rotundo alegato en su favor, contra el que nada pueden las críticas de "snobs", existencialistas "a la violeta" o espíritus pudibundos, quienes, sin embargo, leen estas obras a escondidas. Una de las naciones en que más se conocen actualmente "Los Rougón-Macquart" es, precisamente, Estados Unidos, donde los que presumen de enterados nos quieren dar a entender que los lectores sólo gustan de "digestos", más o menos indigestos.

Las imitaciones de Zola, partiendo de Gabriel D'Annunzio y terminando en Eduardo Zamacois —quien hizo un interesante ensayo en sus tres excelentes novelas del grupo "Las raíces"— no han tenido éxito. Y es que "Los Rougón-Macquart" son una serie única... Los lectores llegan a identificarse con los personajes por su calor vital, por su tremenda humanidad, por la fuerza arrolladora de su pasión. Las obras señaladas siguen siendo estimadas y valoradas por su contenido social, por el brillo de los caracteres,

por la estructura colosal de los ambientes, por los movimientos de las masas, por las correlaciones biológicas y psicológicas, por el contenido científico y, a la vez, por el lenguaje claro y la grata sencillez de las exposiciones.

¡Oh, esos inolvidables personajes permanentes, actuales, vivos! De carne y hueso. Por las venas de Ana Coupeau corre la sangre viciada en una inquietud de hormonas; saltan los alterados nervios de Santiago, el maquinista; palpitan las endurecidas arterias de la intrigante Felicidad Puech; lloran los ojos alucinados de Angélica; palidece el rostro del abate Sergio, pecador arrepentido; se quiebra el cerebro de la centenaria tía Dida... ¡Y qué sensualismo en la descripción de los ambientes! Se escuchan, amortiguados, los disparos de los soldados contra los grupos de huelguistas de La Voreux y óyense los relinchos agónicos de los caballos medio asesinados del Campo de la Miseria; se contempla el desfile de los clientes en el almacén de Octavio Mouret o el torvo ambular de los derrotados de Sedán; huelen los quesos y las flores de los mercados de París; se saborean los copiosos manjares de Gervasia, chorreantes de grasa; se tocan los terrones mojados de la Beauce, después de la granizada asesina...

La familia se ha extinguido casi; los lectores, por etapas, parecen abandonar un género; pero lo que es perenne no caduca, naturalmente. Y aunque muriera, su recuerdo sería imperecedero, cual el de esos ágaves que viven muchos años florecen esplendorosamente después, y mueren para renacer constantemente como "aves-fénix" de los vegetales...